

EL ÚLTIMO VUELO DE POXL WEST

Daniel Torday

Fragmento

RECONOCIMIENTO

PRÓLOGO

Antes del descanso del Domingo de la Super Bowl, en enero de 1986, vino a casa mi tío Poxl. Faltaban solo unos meses para que alcanzara el punto álgido de su fama y no estaba al tanto de que se estuviera jugando el partido. Tampoco era mi tío, hablando en sentido estricto. Era un viejo amigo de la familia. Había dado clases durante años en un colegio privado de Cambridge, donde mi abuelo había ocupado el cargo de decano. Después de que un infarto masivo un año después de nacer yo convirtiese a mi abuelo en un recuerdo tenue como una neblina matinal, tío Poxl vino a llenar el vacío. Ese domingo se sentó en la sala de estar e, imponiéndose a las voces que comentaban el partido jugada a jugada, empezó a contar una historia sin haber tenido apenas tiempo de batir palmas para quitarse la nieve de los guantes.

Esa tarde había ocurrido un milagro. Su vecino había muerto hacía unos meses, y aunque mi tío Poxl estaba ocupado con los detalles de la publicación inminente de su primer libro, había asesorado a los hijos del vecino con la gestión del patrimonio. El vecino era un oscuro novelista literario que había conseguido un pronto reconocimiento y luego lo había perdido por completo. No había dejado a sus hijos más que su inmensa biblioteca, así como una hipoteca de miles de dólares sobre una casa demasiado atrasada en los pagos para venderla. Tío Poxl se había implicado en exceso en imaginar algún modo de ayudarles, aunque no estaba claro qué conocimientos creían que les podía brindar: décadas antes había dejado su empleo en British Airways para cursar un doctorado en literatura inglesa, luego había abandonado su tesis sobre el teatro isabelino para terminar lo que con el tiempo se convertiría en las memorias de éxito de su época como piloto de bombarderos Lancaster en la RAF. Quizá suponían que, como había tenido unas cuantas casas y apartamentos, estaba familiarizado en cierta medida con la propiedad. Igual, al escuchar su tono lleno de confianza, la gente sencillamente daba por sentado que mi tío Poxl sabía de lo que hablaba.

Se estaba retrasando en la corrección de exámenes de sus clases, y a principios de primavera se echaría a la carretera para la gira promocional de su libro, pero algo le había impedido abandonar el caso de su vecino.

—Y entonces hoy —dijo tío Poxl mientras Steve Grogan fallaba un pase a un receptor—, ¡el deus ex machina!

Yo no tenía ni idea de lo que él quería decir por entonces; apenas había cumplido los quince años y lo que me importaba a la sazón eran los Patriots y los Red Sox, y una chica llamada Rachel Rothstein que me traía loco y a la que le hubiera importado un bledo un arrugado héroe de guerra británico. Pero ese domingo su infalible voz —la áspera gravedad y la confianza plena que transmitía— era demasiado atrayente como para no averiguar qué les había pasado a los hijos de su vecino. De algún modo su voz había dado con el único registro capaz de ahogar las de los clamorosos comentaristas del encuentro.

—Willie, el hijo menor, me ha pedido que le ayudara a meter los libros en cajas —dijo tío Poxl—. Ha pensado desprenderse de ellos.

Poxl había notado que no solo lo miraban mis padres, sino yo también. El volumen de su irónica voz subió de manera perceptible.

—Llevábamos una docena de libros cuando se me ha caído Herzog, de Saul Bellow. Lo he recogido y ha descendido revoloteando al suelo un billete de cien planchadito. Willie y yo lo hemos mirado como si fuera... bueno, como si fuera un rabino en un campo de fútbol.

Me miró. Los Bears anotaron. Me perdí la jugada y la repetición.

—Julian había usado billetes de cien dólares como marcadores en todos y cada uno de sus libros. Le pagaban doscientos dólares por reseña y guardaba la mitad en los libros. Aún no lo habían contado todo, pero debía de haber cerca de cien mil dólares en esos libros; no escribía una reseña todas las semanas, pero escribía para ese periódico con regularidad, y para otros. Igual pensó que sus hijos lo encontrarían todo. Willie lo dudaba, y yo también: ¡ya estábamos llenando un montón de cajas de cartón para entregar su patrimonio a la librería universitaria de Harvard!

Tío Poxl continuó hablando, arrebatado por lo prodigioso que era aquello. Casi nunca lo había visto tan animado. Era la primera vez que estábamos con él a solas desde que había acabado de editar y corregir sus memorias, y su aparición en casa fue una sorpresa, teniendo en cuenta el aire glacial y la nieve que había fuera. Habíamos dado por supuesto que no lo veríamos de nuevo hasta su primera presentación, aquí en Boston, programada para la semana siguiente a la publicación del libro. Yo tenía ganas de ver a mi excéntrico tío europeo, que había vivido tanto. Pero ahora los Patriots habían llegado a la Super Bowl por primera vez, y la lengua me hormigueaba como al despertarme de una siesta. Mi madre cambió de conversación, y para entonces el partido había dejado de interesarme. ¿Volvería a tener el mismo sentido alguna vez el contenido de un libro?

Esa imagen de los billetes de cien dólares derramándose de entre las páginas de libros me perseguiría durante años. Intenté ver el final del partido de fútbol, pero Grogan jugaba fatal, y un defensa de línea de ciento cincuenta kilos de los Bears conocido como «el Frigorífico» hizo un touchdown, y no pude concentrarme en nada salvo en mi tío Poxl y en cuándo tendría ocasión de leer sus historias entre las páginas encuadernadas.

Como decía, mi tío Poxl alcanzaría la cima de su éxito literario en los meses siguientes, después de que su libro se abriera paso por fin hasta el mundo. Todas las temporadas desde que alcanzaba a recordar, Poxl me había llevado a la ópera, a la orquesta sinfónica, al Wang Center a ver obras de teatro y musicales. Si se representaba un Shakespeare en alguna parte de la ciudad, Poxl buscaba la manera de llevarme. No era la clase de actividad que debería haberme interesado —mi idea de una salida cultural era ir a Fenway Park a ver un partido de béisbol—, pero mi tío Poxl tenía la constitución de un ala pívot y se movía con la fluidez de un jugador de hockey de los Bruins, y era todo lo que no eran las demás figuras de autoridad judías de mi vida. Los lunes y los miércoles por la tarde soportaba dos horas de escuela hebrea, donde nuestros maestros entrados en años nos acosaban con relatos tristes, historias melancólicas sobre los supervivientes de los campos de concentración y la marginación en guetos. Recuerdo haber visto por primera vez, cuando solo tenía diez años, los números negros tatuados en la muñeca de la abuela de un compañero de clase. Incluso ahora alcanzo a ver cómo en mi joven cerebro quedaron tatuadas la ansiedad y el miedo meditabundo. Mi abuelo sobrevivió a ese periodo y llegó a Estados Unidos, solo para morir antes de que yo hubiera tenido ocasión de conocerlo. Se agravó entonces mi sensación de que la historia era una suerte de fuerza ilimitada que actuaba sobre nosotros, arrasando cualquier esperanza de heroísmo igual que un glaciar insuperable que redujera montañas a llanuras.

Incluso el joven rabino de nuestra sinagoga, el rabino Ben Schine, que había llegado directo de Berkeley con una barbita pueril y el pelo hasta los hombros, llamándonos «tío» y engatusándonos para que habláramos de mística judía, asentía con solemnidad mientras se narraban esas historias, resiguiendo con las yemas de los dedos su ejemplar de *La noche*. Ahora, como es natural, entiendo por qué nos abrumaban con verdades semejantes. Pero tenía quince años, y lo que me hacía falta era un héroe, y esperanza. Quizá pudiéramos ver el cuerpo de Dios en el décimo sefirot de la Cábala, pero corría 1986 y apenas habían transcurrido cuarenta años desde que la generación de nuestros abuelos estuviera desesperada y condenada en sus barrios del este de Europa. Pero cuando me imagino en esas salas en el sótano de nuestra sinagoga, incluso ahora alcanzo a oír el mensaje recíproco del ensalmo: «Volverá a ocurrir». Tened cuidado. Tened siempre cuidado. Pero conforme maduraba empezaba a verme también como una excepción, pues en esas salidas con Poxl West estaba viendo que tenía un antídoto en mi familia: en el rostro senescente de mi tío Poxl había más fragor que en una hebra de la desaliñada melena del rabino Ben. El hecho de haber sido piloto de las Fuerzas Aéreas Británicas, un héroe de guerra judío, el único del que tenía noticia, lo seguía como el dulce aroma a tabaco de cereza que desprende el abrigo de un fumador de pipa.

Hubiera seguido sus anchos hombros hasta una función de ballet sin avergonzarme.

Aunque su trabajo de profesor conllevaba cierto prestigio, tío Poxl era un escritor en ciernes cuando comenzamos nuestras excursiones. Era lo único que había deseado en sus últimos años: poner por escrito recuerdos de juventud, y lo único que hacía en su tiempo libre. Pero en más de una década, tres novelas suyas habían sido desestimadas por editores de Nueva York. Por orgulloso que fuera, los hombros se le encorvaban un poquito más con cada rechazo. A pesar de todo, mis padres

consideraban una ventaja inherente que tío Poxl fuera mi Virgilio mensual a través de la imprecisa vida cultural del centro de Boston: por mucho que se acumularan los rechazos en Nueva York, la difusión cultural en nuestra pequeña ciudad seguiría teniendo vigencia, y todo el tiempo que pasara con Poxl me vendría bien, según decían.

Lo que aprendí de mi tío Poxl en esas salidas no me sobrevino mientras escuchábamos a Daniel Barenboim interpretar la sonata Claro de luna. Después de cada actividad, tío Poxl me llevaba en coche a Newtonville, donde mientras tomábamos copas de helado en Cabot's me leía pasajes de su proyecto más reciente, que no era una novela sino unas memorias. Después de su regreso de un viaje a Londres para asistir al funeral de un capitán con el que sirvió en la RAF, por fin había decidido que escribiría unas memorias de su vida durante aquella época. Se sentía más cómodo escribiendo ficción, pero si lo que el mundo necesitaba eran unas memorias, las escribiría. No eran muy diferentes a las novelas de las que me había leído fragmentos en el pasado. Estaban llenas de extrañas e incómodas descripciones sexuales, escenas que, al volver la vista atrás, ahora entiendo que era demasiado joven para oírlas. Este nuevo libro tenía un tono crispado por momentos, un sentimiento que no era demasiado joven para percibir. Pero con este nuevo proyecto, de súbito las escenas que había escrito eran vibrantes, estaban despojadas de los titubeos y sinuosidades de sus anteriores obras. Las escenas de sexo, aunque seguían siendo gráficas, eran de alguna manera más fáciles de escuchar. Aún hoy siento un orgullo que raya en lo embarazoso al intuir que aquellas escenas fueron concebidas para que mi yo más joven las aceptara.

«Esta parte siguiente —dijo Poxl una noche después de cuatro largas horas de Don Giovanni— es la escena más emocionante de todas, cuando el lector ve a qué nos enfrentamos en realidad. La historia de cuando el bombardero S-Sugar se internó en una tormenta eléctrica.»

Lanzó las manos al aire cerca de su cabello rizado de color castaño rojizo. Tío Poxl tenía uno de esos rostros askenazis rojizos y angulosos cuyo aspecto mismo reviste aplomo y trascendencia. El caballete de la nariz era tan fino que sencillamente se desdibujaba hacia la frente alta y rojiza. Echado hacia la coronilla llevaba un sombrero de estilo pork pie, con el fieltro color café siempre bien cepillado. El nombre de «empanada de cerdo» con que se conoce esa clase de sombrero no le pasaba inadvertido: «Es lo más cerca que estoy de nada que no sea kosher», decía. De los laterales del sombrero sobresalían mechones del pelo traslúcido que le quedaba, que captaba la luz como un granate pulido. Un tenue rubor asomaba a sus mejillas a través de venas como de gasa. Pero la cara de mi tío Poxl no semejava varicosa en absoluto: se le veía ágil y sano, un hombre de edad indefinida pero cuya virilidad resultaba discernible en el color mismo de sus mejillas. Lucía un traje de tweed negro de Brooks Brothers con solapas estrechas y el cuello levantado para protegerse del invierno de Boston. No había visto necesidad de bajárselo ahora que estábamos a cubierto tomando praliné y nata a cucharadas.

«Mi escuadrilla se adentró en una nube tormentosa sobre Lübeck —dijo—. Fue entonces cuando el S-Sugar empezó a internarse también en la nube. ¡Crac, bum, relámpagos azules! Nunca había visto nada parecido.» Le pedí que me lo leyera en

lugar de contármelo —lo había escrito todo, a fin de cuentas, y quería oírlo—, así que acercó la cara a las hojas sueltas que tenía delante y leyó. El mundo a nuestro alrededor se alejó mientras oía a mi tío Poxl leer su libro. Sus manos describían densos nimbos en el aire entre nosotros mientras narraba la valentía de los bombarderos. Se trataba de un relato de guerra distinto por completo de los que leíamos en la escuela hebrea; un relato no de supervivencia, sino de acción. Era como si estuviera elaborando su gran narración ante mis ojos, y me parece que nunca he estado tan cerca de la historia como en aquellos momentos. Mi tío Poxl había nacido en una ciudad pequeña al norte de Praga, pero tenía acento de diplomático: enfatizaba de forma expresiva la doble r también, y a diferencia de los supervivientes que conocíamos o cuyos libros leíamos en la escuela hebrea, no tenía una pronunciación densa y enfangada por consonantes eslavas. Según describía en los capítulos centrales de su libro —había oído todos y cada uno de ellos en nuestras conversaciones aderezadas con caramelo y nata montada—, lo habían enviado a Londres después de pasar un año en Rotterdam.